

Alfabetizó Nicaragua, desobedeció al Papa

► Su radicalidad no se entiende sin su mala conciencia por su origen acomodado

Fernando Cardenal murió en paz con la Iglesia. Oficialmente, al menos: sus exequias fueron presididas por el cardenal arzobispo de Managua, el salesiano Leopoldo Brenes. En su homilía, el purpurado resaltó el compromiso del difunto con la educación: «Oremos por el eterno descanso del padre "F. C."; que fue gastando su vida en la educación, de manera especial en los sencillos, a través de estas escuelas, Fe y Alegría, para que el Señor le reciba en su regazo».

En el plano canónico, Cardenal terminó sus días con su situación regularizada, pues en agosto de 2014 el Papa Francisco levantó la suspensión *a divinis* que pesaba sobre él desde hacía treinta años, cuando Juan Pablo II, al comprobar que no había elegido entre su compromiso político y su vocación religiosa, le prohibió, como a su hermano mayor Ernesto, Miguel d'Escoto y Edgard Parrales, ejercer el ministerio sacerdotal.

Sin embargo, la magnanimidad del Papa argentino no fue óbice para que Cardenal mantuviese hasta el final de su vida planteamientos radicalmente contrarios al Magisterio de la Iglesia en asuntos como el celibato sacerdotal, la defensa de la vida –estaba a favor del aborto terapéutico–, la orde-



EFE

nación de mujeres o el matrimonio homosexual.

La radicalidad de los hermanos Cardenal no se entiende sin la mala conciencia derivada de su origen familiar acomodado. Oriundos de Granada, la ciudad más antigua de Nicaragua, albergaron un sentimiento de culpabilidad desde jóvenes al constatar la injusticia social flagrante que imperaba

en el país centroamericano. Ambos vieron en el sacerdocio el instrumento adecuado para impulsar cambios.

Solo faltaba el motivo que permitiese aglutinar su vocación religiosa con la acción política. Vino dado por el paulatino acercamiento entre el marxismo y ciertas corrientes cristianas –llámese Teología de la Liberación– que culminó en un ideal revolucionario ligeramente matizado por cierta dosis de pacifismo. Esa era la teoría; la práctica, como se sabe, tomó otros derroteros.

En el caso de Fernando, el punto de inflexión desde una trayectoria clásica de jesuita hacia la ruptura estuvo motivado porque «Jesús me pedía que por los pobres me comprometiera con la revolución», según reveló en una de sus últimas entrevistas. No quebrantó su promesa: asentado el triunfo sandinista, lideró una campaña que, entre 1980 y 1984, logró reducir notablemente la tasa de analfabetismo dejándola en el 12 por ciento de la población, gracias al esfuerzo de 95.000 personas, entre estudiantes, profesores y demás trabajadores del sector educativo.

El premio a su eficacia fue el nombramiento como ministro de Educación, cargo que abandonó cuando consideró que Daniel Ortega y su camarilla se habían alejado de la pureza sandinista. Poco apegado a los cargos, se dedicó en cuerpo y alma a las escuelas Fe y Alegría y, en los últimos años viajó a Estados Unidos. En otros tiempos, hubiera sido imposible.

JOSÉ MARÍA BALLESTER ESQUIVIAS

Fernando Cardenal Martínez nació en Granada (Nicaragua) el 26 de enero de 1934 y falleció en Managua el 20 de febrero de 2016. Sacerdote jesuita, fue suspendido *a divinis* de su ministerio por Juan Pablo II por su participación en el Gobierno sandinista y rehabilitado por Francisco en 2014, años después de haber abandonado la política.